

DIÁLOGO ENTRE EXPERTOS DEMOCRACIA Y NEOPOPULISMOS.

ALTERNATIVAS PARA
SUPERAR LA POLARIZACIÓN

CELAM / CISAV

15 de octubre de 2021





Índice

<i>Introducción</i>	2
<i>Primera parte. El diálogo</i>	4
<i>La fragilidad democrática en América Latina. Factores de la polarización</i>	4
<i>El auge de los populismos. Historia, definición y características regionales</i>	9
<i>América Latina en el cambio de época. Desafíos democráticos y alternativas políticas ante la polarización</i>	15
<i>Efectos de la sociedad post-industrial en América Latina. Redes sociales y “nueva” educación política</i>	16
<i>El encuentro social en los entornos de la “post-verdad”. Sujetos, obstáculos y Bien común</i>	19
<i>Superación de los resentimientos y conciencia de la Patria Grande</i>	23
<i>Crisis de sentido y sustrato religioso-cultural latinoamericano</i>	26
<i>Segunda parte. Lectura teológica</i>	27
<i>Presupuestos</i>	27
<i>Pobreza, inequidad y cansancio</i>	28
<i>Decepción y desencanto por la democracia y por la política</i>	28
<i>Resurgimiento de los populismos</i>	30
<i>Fratelli tutti y populismos. Visión sobre el pueblo</i>	31
<i>Atender al pueblo que sufre</i>	32
<i>La fuerza de la caridad</i>	33
<i>Qué puede aportar la Iglesia en América</i>	34
<i>Anexo único. Perfil de los expertos</i>	36

Introducción

El presente documento recoge la opinión de varios expertos que analizaron los temas enunciados en el título. Los encuentros se llevaron a cabo del 18 de agosto al 8 de septiembre del presente año. En el primero de ellos participaron Carlos Illades (México) y Francisco J. Paoli Bolio (México). En el segundo, Carlos Figueroa (México-Guatemala) y Xavier Ginebra (México) (25 de agosto). En el tercero, Ricardo Pozas (México) y Georg Eickhoff (Alemania) (1 de septiembre). En el cuarto, Roger Bartra (México) y Ramiro Podetti (Argentina – Uruguay) (2 de septiembre). En el quinto, finalmente, Rudá Ricci (Brasil) y Germán Campos Herrera (Colombia). La grabación de dicho material se encuentra en el canal de You Tube del CISAV (<https://n9.cl/r3w3i>).

El objetivo de ese circuito de encuentros fue generar material de análisis que pueda ayudar a los obispos y a la sociedad latinoamericana al discernimiento y a la promoción de una visión que deje en *off side* a los extremos y plantee, con rigor y racionalidad, que la política y la democracia tienen otros humus teóricos y empíricos para la promoción de las personas, las comunidades y el bien común. Este material será utilizado en la Asamblea del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) en el próximo mes de noviembre.

En cada uno de los encuentros se invitó a dos expertos, uno de izquierda y el otro simpatizante de la democracia liberal, o bien, de la Doctrina Social de la Iglesia (véase Anexo único). Como en todo debate, los especialistas mostraron discordancias y concordancias. Al final de cada diálogo fue frecuente reconocer el valor de este tipo de ejercicios para establecer puentes de comunicación e intercambio. Sus aportaciones las podrá conocer el lector en las siguientes páginas.

A los encuentros también acudieron otros especialistas, invitados para formular preguntas a los expositores y a intercambiar puntos de vista. Estuvieron presentes también los investigadores del Centro de Investigación Social Avanzada, especialmente los de la División de Ciencias Sociales y Jurídicas.



Nuestro documento contiene también una lectura teológica, de manera que se pueda valorar el contenido generado por los especialistas convocados a dialogar. En dicha lectura están algunos criterios de la Doctrina Social de la Iglesia (DSI) y del magisterio del papa Francisco, aplicados a los fenómenos estudiados, de manera que se tenga presente la mirada cristiana y eclesial de la evangelización: hacer presente el Reino de Dios en el mundo que nos ha tocado vivir. Esperamos que los lectores puedan conocer los planteamientos de los expertos y luego analizarlos a la luz de la DSI para comprenderlos con mayor profundidad.

Por último, en los argumentos presentados en la primera parte, aparecen los apellidos de los expertos entre paréntesis. Ello significa que tales argumentos fueron expresados por el especialista señalado. Lo anterior lo hacemos para que se distingan las opiniones y no se prestase a la confusión de que los expertos en general tuvieran argumentos no sólo distintos sino incluso contradictorios entre sí. Confiamos en que lo anterior aclare la opinión de cada experto y su contexto.

Primera parte. El diálogo

La fragilidad democrática en América Latina.

Factores de la polarización

Los pueblos de Latinoamérica han experimentado un largo tránsito de la política armada a la política civil. Durante los siglos XIX y XX hubo, en la mayoría de ellos, un recurso habitual a la *política armada* que tuvo sus últimas expresiones en dictaduras militares y guerrillas (Podetti). En los últimos treinta años, la política latinoamericana se ha vuelto *civil*, con aisladas excepciones; lo que no ha significado la ausencia de polarizaciones que bajo condiciones democráticas generan una gran tensión dentro de las sociedades y abren la puerta a los extremismos (Bartra). En este período, aunque los sectores del “progresismo” latinoamericano reconocieron la implosión del socialismo real, no han asumido el fin del mito de la Revolución, por lo que pesa sobre ellos una nostalgia “revolucionaria” con sus secuelas de vocación hegemónica. Por otra parte, hay sectores liberales que aún sostienen el equívoco de la post-guerra fría y consideran el modelo económico-político liberal como el escalón insuperable del desarrollo humano, en que el mito del mercado vuelve a la política misma sospechosa de vulnerar las libertades (Podetti). En América Latina los efectos tempranos de las promesas incumplidas de ese modelo están en el origen de una conflictividad social que comenzó en la última década del siglo XX, época también marcada por la crisis de la deuda y un recrudecimiento de las penurias de los sectores más necesitados de la sociedad (Figueroa).

Si la última década del siglo XX transcurrió bajo el predominio del neoliberalismo, en la primera década del siglo XXI se dio el llamado “giro a la izquierda”, debido al surgimiento de una ola progresista que implicó un cuestionamiento más o menos radical del modelo neoliberal (Podetti; Figueroa) y que se caracterizó por expresar una voluntad “post- neoliberal” (Figueroa). Sería un error equiparar a los gobiernos progresistas de inicios del presente siglo mediante la simplificación de sus rasgos diferenciadores (el criterio distinto sobre la “reelección” así lo demuestra). Esta falsa homologación es una estrategia recurrente de una zona de la derecha, que continuamente acude al fantasma de una “nueva Cuba” o, más recientemente, de una “nueva Venezuela” para descalificar las particularidades de cada proceso (Figueroa). Del mismo modo que hay que distinguir entre gobiernos progresistas hay que hacerlo respecto a los gobiernos “neoliberales”, entre los cuales existen diferencias también notables (Ginebra).

En la segunda década del siglo XXI hubo algunos “giros a la derecha”, y así, con estas polarizaciones entre la izquierda y la derecha, hemos iniciado la tercera década. En este escenario de polarización, las transiciones gubernamentales con cambio de partido (salvo algunas excepciones) han sido traumáticas. Aunque no ha habido un retorno a la política armada (Podetti), sí ha habido una álgida polarización política con episodios de “neogolpismo”, guerra mediática y de Lawfare (guerra legal) (Figuroa). Uno de los principales desafíos políticos en América Latina es, precisamente, el procesamiento no traumático de las transiciones gubernamentales con cambio de partido (Podetti).

En este sentido, los movimientos progresistas devenidos movimientos electorales y posteriormente gobiernos populistas motivaron de manera paulatina el surgimiento de una derecha extrema, que a diferencia de la que abrazó el ideario neoliberal (con todo lo que implica un programa de democracia liberal representativa, ajena a los golpes militares), ha retornado a parámetros similares a los de la Guerra Fría (Figuroa). A lo anterior se añade un déficit importante en América Latina de la tradición política y cultural de la socialdemocracia, rama de la izquierda que a escala mundial ha sobrevivido a la caída del muro de Berlín, pero que en la historia latinoamericana no se ha consolidado como opción política (Bartra; Illades).

Resulta importante reconocer que en las democracias latinoamericanas, marcadas por una amplia desigualdad social, un porcentaje considerable de la ciudadanía no dispone de condiciones materiales y de instrucción que le permitan un ejercicio democrático pleno, lo que promueve el clientelismo político y perpetúa entre las élites de distinto signo la apropiación oligárquica del Estado (Illades). Esta captura del Estado en una sociedad desigual conlleva la tutela gubernamental, paternalista, sobre los movimientos sociales e incide en el inmediateísmo y la falta de sustentabilidad de las políticas públicas (Campos- Herrera).

En general, las experiencias de gestión social son también inestables, lo que a su vez acentúa la polarización socioeconómica y lleva a los sectores populares marginados a proyectar un futuro mágico. Siendo que el presente y el pasado pareciera no ofrecer esperanzas surge con fuerza la tendencia a apoyar un ídolo que, ante la falta de educación política, reproduce igualmente una cultura de la idolatría que vincula la solución de las penurias sociales a cierto inmediateísmo. En algunos países existe una mentalidad de desigualdad que, promovida desde una cultura estamental, bloquea las posibilidades de movilidad o ascenso social y la promoción de la ciudadanía (Ricci).

Actualmente, en la política latinoamericana es posible verificar que los dirigentes nacionales, sobre todo los que ocupan cargos gubernamentales, no consiguen mantener la popularidad por más de dos años, en menoscabo de su legitimidad. Esta “política de ciclo corto” refleja una disociación entre los gobiernos y la ciudadanía, que afecta igualmente al sistema de partidos (Ricci). Esta crisis de representación de las demandas de la ciudadanía a través de los partidos políticos revela un gran déficit en el espectro político-partidista que reconduce el conflicto más allá de la esfera del debate político. Esto contribuye a generar un ambiente de desconexión de la polaridad ideológica (en que se expresan los diferentes intereses sociales) para pasar a una polarización afectivo-social que se manifiesta en sentimientos de rechazo o de odio a aquel que piense distinto (Campos-Herrera). La desmedida represión de protestas sociales y el aumento de presos políticos en países latinoamericanos son una confirmación dramática de esto (Figueroa).

En lo que respecta a la polarización, siguiendo a Octavio Paz, la primera corrupción es la del lenguaje; así, los extremismos llevan a un apoderamiento del lenguaje político que deshace de contenido a las palabras e impide el diálogo (Ginebra). Esta polarización profunda repercute a su vez en un colapso de las democracias, puesto que la negación a ceder ante posiciones contrarias elimina la posibilidad de consenso y deriva en un estancamiento de la agenda política y de las políticas públicas. Otro efecto negativo es la desinstitucionalización del sistema de partidos, debido a la volatilidad de éstos en el espectro político, lo que aumenta la desconfianza de los electores y estimula la salida de políticos hacia nuevos partidos que fracturan aún más el sistema. La exacerbación del conflicto tiende paradójicamente a suprimir las diferencias programáticas, lo que no solo afecta la confianza institucional sino también social. En nuestras sociedades latinoamericanas existen temas históricamente polarizantes, como demuestra la frecuente emergencia de nacionalismos y populismos. La polarización afectivo-social significa un serio cuestionamiento de la calidad democrática dentro de nuestras democracias (Campos-Herrera).

Según datos de Latinobarómetro sobre la confianza en diferentes organizaciones o instituciones en América Latina, se percibe que los encuestados no confían en los gobiernos (sólo un 22 % confía en la gestión del gobierno). Esto sugiere una grave disfuncionalidad en los Estados y gobiernos que ha sido a su vez experimentada por los ciudadanos latinoamericanos. Aún cuando puedan existir a nivel constitucional mecanismos muy valiosos de participación local, se carece de una proyección desde mínimos comunes que dé continuidad a las políticas de Estado pactadas en las

constituciones. Otra falencia de las democracias latinoamericanas es el irrespeto al Estado de derecho, puesto que la igualdad ante la ley se deshace ante la notable impunidad de las élites, la corrupción y el crimen organizado, además de la ausencia de una fiscalización efectiva de las instituciones ante hechos de corrupción o desapariciones forzadas (Campos-Herrera).



De hecho, la contracción del Estado exigida por el modelo económico neoliberal produjo una sociedad con alta concentración del ingreso a la que ciertas esferas del crimen organizado ha tenido acceso, convirtiéndose en parte del sistema social (Pozas), siendo los niveles locales de la administración pública el escenario más importante de las disputas de los intereses directos del crimen organizado (lo que se demuestra en el aumento del índice de violencia electoral en estas instancias de poder) (Figueroa). Latinoamérica es una de las regiones con algunos de los más elevados índices de inseguridad a nivel mundial, debido también a la ineficacia y corrupción en la administración de justicia, lo cual repercute también en el clima de descontento y tensión social (Castellanos).

Entre los factores de polarización más presentes en América Latina está el imaginario nacionalista asociado al populismo. Este imaginario alberga tendencias autoritarias ante las cuales suele ocurrir un reagrupamiento de fuerzas opositoras, resultado de una complicada polarización con ingredientes nacionalistas fuertes. Si, por un lado, los populismos utilizan la representación formal en la política, tanto el voto como la representación parlamentaria (Ricci), por otro lado, de articularse con alguna

ideología fuerte podrían considerar el diálogo o el consenso como una señal de traición a valores fundamentales (Campos- Herrera; Navarro), con lo cual socavarían la lógica democrática misma para derivar, como consecuencia, en escenarios post-democráticos (Bartra). De hecho, la separación de poderes es casi siempre lo primero que los populismos pretenden debilitar, así como la alternancia en el poder y, en general, los contrapoderes establecidos en el sistema democrático (Eickhoff). El desprecio por la democracia liberal es fuente de populismos con impulsos totalitarios (Ginebra).

El populismo contiene una contradicción: si bien pretende corregir el orden republicano- democrático, lo amenaza y deslegitima. Al mismo tiempo que canaliza los deseos sociales y da un estatuto político a sus demandas, exalta un liderazgo como vía exclusiva y excluyente para defender y conducir al pueblo, de esta manera garantiza su perpetuación política como representante profesional de estas demandas. Las mayores amenazas del populismo consisten, por una lado, en institucionalizar la ciudadanía pasiva, limitada al voto y objeto de asistencialismo, y, por el otro, en establecer una sociedad políticamente dual entre los que están en las instancias decisorias y aquellos que eventualmente acuden a las urnas para reafirmar y legitimar a la nueva élite política. En ese sentido, el populismo es un movimiento con adrenalina popular, pero frustrante para el desarrollo de la ciudadanía activa y la participación democrática (Ricci; Navarro).



El auge de los populismos. Historia, definición y características regionales

El tema del “pueblo”, si bien existen distintas maneras de enfocarlo, es un elemento común de múltiples discursos políticos contemporáneos. Sin embargo, se pueden destacar dos de las concepciones dominantes respecto al “pueblo”: el Liberalismo, que al referirse al pueblo representado distingue entre una especie de “pueblo abstracto” y un pueblo que solo existe como “cuerpo político” constituido por individuos supuestamente iguales, y el populismo, que en su discurso suele hacer referencia a un “pueblo concreto”, identificado con sectores sociales específicos y mayoritarios (o en algún momento mayoritarios), que pertenecen a las clases trabajadoras o a los pobres. Esta divergencia en la noción misma de “pueblo” tiene efectivas consecuencias en las perspectivas políticas de ambos discursos dominantes.

El llamado “pueblo concreto”, al que apelan los populistas contemporáneos, es un pueblo que ha sido maltratado, denostado, incluso carente de derechos políticos, como por ejemplo en la democracia censitaria del siglo XIX. Habría que recordar que tanto los conservadores como los liberales decimonónicos miraban con recelo a este “pueblo concreto”. Mientras los liberales pensaban que las clases populares podrían eventualmente participar del cuerpo político (siempre y cuando tuvieran educación o información mayor), para los conservadores decimonónicos las “clases populares” eran prácticamente irredimibles (Illades).

En el siglo XX y lo que va del siglo XXI encontramos diversas formas de exclusión del pueblo, las de orden social y cultural, en que se habla de razas poco aptas (idea que encuentra antecedentes latinoamericanos muy claros en el siglo XIX) hasta un clasismo, para el que las “clases populares” son francamente desaprobadas; tales clases constituyen un segmento amplio de la sociedad que no ha sido históricamente favorecido (ya no solo en términos materiales sino también en términos discursivos) y para el que, luego de alcanzar progresivamente derechos políticos, la reciente globalización, signada por el desarrollo impetuoso de nuevas formas de capitalismo, creó nuevos mecanismos de exclusión en términos económicos, como lo muestra el incremento de la desigualdad en América Latina (Illades; Bartra). De hecho, la región sigue siendo la más desigual del mundo, y, según estudios sociales contemporáneos, la proximidad física entre pobreza extrema y opulencia aumenta los niveles de violencia (Ricci).

Ante la problemática globalización del modelo neoliberal, se han suscitado distintos enfoques de análisis político, entre los cuales el populismo se presenta como una respuesta a este fenómeno contemporáneo y que, a diferencia de la comprensión de la política como consenso, plantea una concepción de la política como antagonismo. En este sentido, el esquema básico en que se asientan las perspectivas populistas consiste en la politización de los antagonismos socialmente existentes (Illades). Es decir, que habría, por un lado, cierto desfase cultural en poblaciones que están sufriendo un proceso de modernización acelerado y problemático, y, por otro, el surgimiento de liderazgos carismáticos y demagógicos que se percatan de que, entre los efectos de esta modernización centelleante, está la generación de espacios de no reconocimiento social para grupos que han quedado fuera de contexto, incongruentes con las nuevas formas del capitalismo (Bartra).

Esto último pareciera actualizar la aproximación al concepto del politólogo brasileño Francisco Weffort, que sugiere que el populismo en América Latina se relaciona con un proceso de urbanización acelerada, en torno a la mitad del siglo XX, en que grandes poblaciones rurales salen del campo, expulsados por el proceso de agroindustrialización o de transformación de la tierra en activos financieros para grandes grupos económicos. El éxodo de esta población rural a las ciudades, sin acceso a servicios públicos o a un empleo, suscitó el surgimiento de líderes políticos, casi todos de clase media, que acabaron hablando a esas masas precarizadas a partir de una lógica clientelista. Para Francisco Weffort, el populismo tradicional latinoamericano tiene una marca clientelista de tutela de los grupos rurales, entonces desorganizados en las situaciones urbanas (Ricci).

Una relación entre estos clásicos populismos latinoamericanos y los del presente es la habitual referencia a un común imaginario nacionalista, al que estos últimos suelen mirar con especial ingenuidad. La idea de neopopulismo, entonces, ha podido ser contestada críticamente y sustituida por la de *"retropopulismo"*,¹ que aparece como más adecuada para designar a aquellos que "miran atrás" y que construyen en sus discursos el ideal del regreso a una "edad de oro" imaginada. Se trataría entonces de un retroceso democrático, una amenaza de transición inversa (de la República democrática a la República oligárquica, contrario a los populismos de mediados del siglo XX) a partir de lo que constituye un retorno imposible al pasado y de alta polarización en el presente. No es difícil comprobar en las sociedades

¹ R. Bartra, *El regreso a la jaula. El fracaso de López Obrador*, Penguin Random House, Ciudad de México, 2021.

latinoamericanas tendencias muy fuertes a esta regresión. Uno de los rasgos más frecuentes de los populismos latinoamericanos consiste en promover formas caducas de identidad nacional que contribuyan a gestar una amplia clientela en la base de su movimiento para fortalecer el poder de su líder. Al respecto, se constata un discurso que instrumentaliza la religiosidad popular latinoamericana como elemento legitimador de esta construcción de identidades culturales realizadas desde el gobierno (Bartra). El uso político de la religión también puede constatarse en algunas reacciones liberales y libertarias contra el populismo (Castellanos).

El populismo, por lo tanto, no siempre obedece exactamente a los intereses de una clase social o de diferentes clases sociales sino, más que los intereses políticos de clases o una ideología, pareciera expresar una determinada “cultura política” vinculada al nacionalismo. Hay en los populismos latinoamericanos una fuerte dimensión cultural, si bien cerrada al futuro, que los define mejor que su identificación ideológica (Bartra). Un ejemplo en que se percibe claramente la insuficiencia de las categorías de izquierda y derecha es el peronismo, al que simultáneamente acusan de izquierdista o de fascista, puesto que efectivamente presenta rasgos que podrían asociarse tanto con la derecha como con la izquierda. En el caso de Vargas y Perón hay una corriente que discute la categorización de populismo y propone la de “movimientos nacional-populares” con una estrategia democratizadora, industrializadora e integracionista en la perspectiva de alcanzar en Sudamérica una economía de mayor escala (Podetti). En cambio, los populismos actuales son de naturaleza distinta en su proyecto económico, en tanto tienen más que ver con el rechazo que les provoca el fundamentalismo de mercado y sus consecuencias sociales (Figueroa).

Establecer una tipología estricta entre populismo de izquierda y populismo de derecha, especialmente en América Latina, no resulta fácil. Sin embargo, lo que se ha denominado como populismo de izquierda es, en primer lugar, un populismo que tiene una fuerte tendencia a tutelar las bases sociales pobres y una relación no formal, o raramente formal, con las organizaciones de representación social, por lo que procura tener un discurso directo con las “masas”. Esta retórica directa hacia las masas es continuamente utilizada como una especie de alerta acerca de las organizaciones sociales que no se alinean con su discurso, puesto que la otra forma de relación con esas organizaciones sociales es a través de la cooptación estatal (Ricci). Es decir, tiende a desarticular el entramado institucional y a desintegrar el tejido social al debilitar los grupos intermedios de la sociedad (Castellanos).

En cambio, el populismo de derecha en América Latina, que se confunde con el discurso autoritario, tendría una variante clientelista (lo que demuestra que todos los populismos son adversos a la participación ciudadana en la decisión de políticas públicas) y otra propiamente autoritaria. La derecha en su discurso populista es autoritaria, amenaza con prisión o uso de la fuerza militar para contener cualquier tipo de acción de las organizaciones sociales de base. La otra vertiente es el clientelismo clásico de derecha, que se vale de favores mediante una red que va del parlamento a la calle, con una línea de transmisión directa entre lo nacional y lo local, y que mira en última instancia a su mantenimiento. Es un acuerdo de sobrevivencia política que pasa por la distribución de recursos públicos para los servicios en las localidades. El clientelismo de derecha está absolutamente fragmentado y no puede construir un proyecto político desde esta fragmentación (Ricci).

Un aspecto a retomar de la llamada polarización afectiva en América Latina es su intensidad esporádica, que suele activarse durante un tiempo, usualmente en las elecciones, y luego declina. Lo que sucede es que, dependiendo del actor que se encuentra en el poder, en particular los populistas (aunque no solo), se buscan nuevos elementos para estar activando cada vez más esta polarización. Un suceso particular, o algo que no esté funcionando bien, es suficiente para culpar al enemigo, lo que no solo obedece al intento de justificar posibles errores del gobierno, sino a la necesidad de activar continuamente un ambiente de tensión similar al de campaña (Campos-Herrera).

Habría tres niveles en los cuales operan los populismos: un discurso basado en el antagonismo entre las élites y el pueblo concreto, aparentemente puro; un estilo populista que privilegia la interlocución directa de quien gobierna y las clases que dice representar (un vínculo directo, que anula las estructuras y sociedades intermedias); y, una vez constituido el populismo en régimen, una serie de prácticas políticas entre las que podría mencionarse (sin desconocer la democracia representativa) el énfasis en la democracia directa y, en algunos casos, la politización de la economía. A propósito de esta práctica, hay expertos que consideran que el rasgo distintivo del populismo de izquierda es la pretensión de incluir a las clases subalternas o alejadas de ciertos beneficios (mediante la intervención en la economía, por ejemplo); en tanto los populismos de derecha pretenden la exclusión de un segmento de la sociedad como parte del cuerpo político (Illades).

Otro de los riesgos del populismo es la posibilidad de derivar en un régimen autoritario dentro de los límites de la democracia, lo que se ha denominado “democracia autoritaria”² o “democradura”.³ En principio, el riesgo no es la pérdida de la democracia, sino el establecimiento de una democracia endurecida (Illades), llevada al límite por la puesta en escena de un proyecto transformador que pudiera institucionalizarse. La institucionalización de las acciones populistas es lo que intentaría perpetuar la equivalencia entre el discurso y la acción populista con las demandas sociales que representan. En un sentido político-estratégico, el populismo, una vez en el gobierno, no duda en utilizar la política económica como un medio para alimentar a su base electoral mientras sigue empleando el discurso anti élite (Campos-Herrera).

La mayoría de los enfoques sobre populismo afirman la necesidad de proponer un líder fuerte; en los casos en que ese liderazgo es asumido por un partido político, como también ha sucedido en la región latinoamericana, se acude al llamado “enfoque ideacional” del populismo. Desde este enfoque el populismo aparece como una “ideología delgada” (no al mismo nivel que el Liberalismo o el Marxismo) que es capaz de articular otras ideologías (ecologismo, nativismo, agenda LGTB+, etc.), lo que le permiten mutar al mismo tiempo que mantiene la premisa del antagonismo entre un “pueblo puro” y una “élite corrupta” (Campos-Herrera). Por otra parte, no parece muy convincente tratar el populismo como una ideología cuando más bien lo que expresa es una posibilidad de abuso institucional presente en toda república. La concepción de populismo como “ataque a las instituciones del Estado”, desde una antropología política clásica, es un elemento permanente que se intenta contrarrestar con algunas reglas del juego democrático como la división de poderes (Eickhoff).

Una de las causas por la que el concepto de populismo se ha tornado relativamente débil en las últimas décadas se debe a su empleo indiscriminado por parte de bloques políticos ultraliberales, mayormente europeos y norteamericanos. El ultraliberalismo en América Latina es nítidamente elitista, y considera cualquier ampliación de la participación popular como indebida, puesto que contribuiría a disminuir la capacidad de formular políticas técnicamente sofisticadas y alargaría el tiempo necesario para su construcción. En su perspectiva, desde la década de 1990, cualquier gasto social que sea público y universal generaría inflación en los países latinoamericanos y estaría, por ende, realizando una “práctica populista” (Ricci).

² F. Finchelstein, *Del fascismo al populismo en la historia*, Taurus, Buenos Aires, 2018.

³ P. Rosanvallon, *El siglo del populismo*, Manantial, Buenos Aires, 2020.

En los sectores tecnocráticos-ultraliberales, para los cuales la economía debe regir la administración pública, toda acción social o política que atente contra las bases del equilibrio económico y social del sistema económico neoliberal es definida como “populismo”. En países muy desiguales, como sugiere Norberto Bobbio, esa visión ultraliberal es profundamente antidemocrática, puesto que no respeta la decisión de la urnas (cuando la mayoría de la población define la política que debiera seguirse) e incluso se permite “corregir” tal tipo de decisiones, a la que descalifica de populistas mientras focaliza sus políticas en públicos minoritarios (Ricci).

Por su parte, las tendencias en política económica de las corrientes populistas de izquierda, aún en nombre de un futuro a alcanzar (lograr un “Socialismo del siglo XXI” o una “Cuarta transformación”) exhiben una idea profundamente irracional, que en el fondo es una idea anticapitalista primitiva. No se proponen realmente una reforma desde una perspectiva social del capitalismo, entendiendo que las alternativas revolucionarias de economía estatalizada hoy en día no son viables (y las que ha habido han fracasado), sino que se dedican a estorbar al capitalismo, auspiciando más bien un “capitalismo bananero”, primitivo, en nombre de la soberanía nacional y del interés del pueblo, al que en realidad perjudican (Bartra).



América Latina en el cambio de época. Desafíos democráticos y alternativas políticas ante la polarización

El primer desafío que habría en la Región es reconocer que los mecanismos de representación democrática que permiten configurar los diferentes poderes que componen el Estado no abarcan a toda la población. Eso ocurre desde hace mucho y, aún hoy, que existe el voto universal, es evidente que las diferentes fuerzas en el espectro de la representación política (derecha, izquierda, centro, distintos populismos y autoritarismos) no abarcan todo lo que hay. Efectivamente, a pesar de la creciente marginación social, la sociedad es inmensamente más rica, más variada, llena de opciones diferentes que se canalizan muchas veces por ductos no políticos, por caminos incluso alejados de la política (Bartra).

Las altas tasas de abstención electoral son un reflejo de ello, lo cual mueve a pensar que hay segmentos significativos de la población latinoamericana que no consideran la democracia como un valor importante. Esas son señales desafiantes frente a las cuales la manipulación de la abstención y de la marginalidad con fines políticos partidarios es la respuesta más frecuente y también la de mayor fracaso en su alcance. Existen esfuerzos a través de soluciones "técnicas", autónomas de la política (a través del "big data" o la minería de datos), para tratar de canalizar de alguna manera esos impulsos colectivos marginales hacia la política. Es decir, instrumentar mecanismos que sean capaces de

reconocer a qué aspira esa parte de la población que está al margen de la política (y que muchas veces tiene una actitud antipolítica) para procesarlas en favor del ideario político de cada partido. Sucede también la formación espontánea de mandatos colectivos que frente a un problema real de una comunidad (a veces con un liderazgo, otras no tanto) intentan dar respuestas al margen de la política partidista, si bien casi inevitablemente acaban ligados a la política, porque buena parte de las soluciones requieren de la intervención del Estado (Bartra).

Ese espacio no político (incluso antipolítico) de la sociedad latinoamericana no solo es cada vez más grande, sino que se auto-organiza aceleradamente conforme las sociedades elevan su nivel educativo y el acceso a las tecnologías (Bartra). Este fenómeno, de enormes implicaciones sociales, ha recibido exigua atención institucional y, en conjunto, sus respuestas han sido muy limitadas. En general, se podría afirmar que la política activa cada vez convoca a menos personas y hay una multitud de fenómenos profundamente humanos que están fuera de la política formal y ante los cuales el liderazgo de viejo cuño no sabe qué hacer. Es cierto que las expresiones de mandato colectivo de alguna manera exigen una participación del Estado, pero no en función de intereses partidarios como frecuentemente sucede (Bartra; Podetti).



Efectos de la sociedad global post-industrial en América Latina. Redes sociales y “nueva” educación política

Por otra parte, también hay una serie de fenómenos que tienen efectos no exactamente capitalistas y que ocurren dentro del capitalismo, fenómenos propios de la sociedad post-industrial moderna que alcanzan a segmentos latinoamericanos. Un modelo de esto son los servicios alternativos que ofrecen las nuevas empresas con criterio comercial (como *Uber* o *Airbnb*). Se trata de mecanismos nuevos dentro del capitalismo, que aprovechan recursos empresariales para responder a intereses marginales al mundo de la política y que han surgido “espontáneamente” (Bartra).

Entre las características sustantivas que esta sociedad contemporánea, globalizada y de mercado, hay que considerar que las sociedades nacionales tienen una mayor porosidad de las fronteras territoriales, financieras y culturales, lo que establece articulaciones operativas al margen del Estado-Nación; y que, a partir de una producción específica y su intercambio, generan nodos de relaciones políticas internacionales. En paralelo, en esta sociedad ocurre el desvanecimiento de otras referencias pre-políticas derivadas de valores culturales y simbólicos comunes que dan soporte a las normas institucionales; al dejar de ser únicos y compartidos, las personas coexisten en un ambiente de referentes e identidades culturalmente múltiples y las sociedades parecen carecer de principios comunes fundamentados en una ética-normativa dominante (Pozas; Navarro).

Ante la crisis de representación, se intuye que las nuevas expresiones de la política a través de las redes sociales tienen un gran valor, y es probable que su adecuada interpretación requiera una nueva escuela política, con competencias no ideológicas sino profundamente realistas, que sea libre ante las condiciones cambiantes y también con gran capacidad de escucha ante la intensa fragmentación social. Esto es un desafío ineludible porque las nuevas formas de socialización al estilo de la “primavera árabe”, los “indignados” españoles u Occupy Wall Street han abierto algo nuevo con su potencial deliberativo, pero es muy importante tener en cuenta su total impotencia resolutoria y por eso no pueden subsistir en el tiempo. Son una nueva ágora, con todos sus impactos y efectos, pero la república democrática moderna es, todavía, la república representativa, y esto exige el cumplimiento de dos instancias esenciales posteriores a la deliberación: la negociación y la resolución, las cuales no se pueden cumplir en tales formas (Podetti).

Este problema es fundamental para la sobrevivencia del orden democrático, en tanto no basta la mera referencia nominal o apelación al pueblo para que se cumpla uno de sus principios: la participación del pueblo para construir políticas públicas que luego incidan en las condiciones sociales de los pobres (que en el caso latinoamericano son la mayoría). Si la democracia se vuelve exclusivamente un procedimiento para el cambio pacífico de gobierno y no una forma de participación para generar políticas de Estado, le quitamos uno de los elementos más importantes que la constituyen, ya que la democracia no surge sólo para procurar un cambio de gobierno sino un cambio de la organización política para la incidencia social (Pozas).

El reto mayúsculo es la superación de un modelo económico-político neoliberal fracasado y sin sustitutos claros. Esto dista de tener respuestas fáciles y contundentes, si bien debe partir de la combinación virtuosa entre Estado y mercado, y de la incorporación de lo que algunos autores denominan “poder social”, entendido como la capacidad de la sociedad civil para opinar y participar en la vida pública. Es un poder distinto del poder político, que en América Latina está históricamente impregnado de concepciones demofóbicas (esto es, temerosas de la participación popular) combinadas con una actitud clasista y racista, además de una visión elitista y tecnocrática del ejercicio del poder (Figueroa).

En la sociedad global de mercado contemporánea, los procesos de integración al mercado y la pérdida de la centralidad del Estado han derivado en la emergencia de populismos que, si bien son un intento fallido de reintroducir esta incidencia social en las políticas del Estado, no cancela ni la necesidad ni el desafío de procurar esa incidencia en el actual escenario (Pozas). Habría que reconocer que los movimientos progresistas en América Latina han incentivado la participación de la sociedad civil y,

en algunos casos, recuperado la participación popular (Figueroa). La adopción de una concepción del Estado como "novísimo movimiento social", según lo entiende el sociólogo portugués Boaventura de Sousa Santos,⁴ es una propuesta que obedece a una visión de nuevo diseño estatal que intenta reflexionar (teorizar) sobre experiencias de participación popular al interior del Estado. Se trata de repensar el Estado a partir de nuevos diseños, como los consejos de gestión pública y las experiencias exitosas de participación democrática (presupuesto participativo) a la manera de un patrocinador que resolviese las disputas de las organizaciones de la sociedad civil (Ricci).

El propósito de esta iniciativa es acercar el Estado al espacio más dinámico de la sociedad civil con un horizonte de amplia gestión participativa: el movimiento ideal es de los Estados hacia los ciudadanos y no de los ciudadanos hacia los aparatos públicos. Este cambio implicaría la intensa formación política de jóvenes a través de una red de escuelas de ciudadanía, incluida la formación para la gestión pública, como parte de un esfuerzo que promueva una ciudadanía cooperativa con la gestión social y activa más allá del voto. En América Latina con frecuencia falta una meso-organización territorial que articule el nivel local y el macro en la perspectiva de una amplia gobernanza social y territorial (Ricci). Un ejemplo de esto es el hecho de que los migrantes, antes de acudir a instancias oficiales, acuden a organizaciones religiosas que en la práctica se vuelven un puente entre las personas y las instituciones, por lo que habría que reorientar financiamientos y otros recursos hacia estas organizaciones de la sociedad civil que llegan a tener un mayor alcance en la atención de demandas sociales (Campos-Herrera).

En temas de la manifestación social y política estamos viviendo la sustitución de la era de los movimientos sociales por la era de las movilizaciones sociales sin un liderazgo bien definido. Hay varios autores que alertan que la nueva movilización pública tiene forma de "enjambre", o sea, que no se sabe cuándo comienza el estrago del enjambre que tiene lugar y que después se retira sin tener una idea de cuándo podría retornar. La marca de la movilización social en el siglo XXI es la provisoriedad, porque los lazos de la identidad social están muy disgregados o deshechos y, a lo más, podrían remitirse a pequeñas comunidades reforzadas en las redes sociales: pequeñas comunidades que cuando salen a las calles forman un mosaico sin un diseño único (Ricci): un sistema social que se reduce a identidades individuales múltiples, no fijas, y que confieren una alta densidad al momento presente (Pozas; Ricci).

⁴ B. de Sousa Santos, *Reinventar la democracia. Reinventar el Estado*, Sequitur, Madrid, 1999.

El encuentro social en los entornos de la “post-verdad”.

Sujetos, obstáculos y Bien común

La afectividad es la dimensión mejor valorada en el diálogo social con estos grupos; es también el punto de partida que podría reconstruir la identidad social y ciudadana (Ricci) en una época en que la condición híbrida de las identidades define la vida social, sobre todo si se considera la crisis de referentes institucionales que intentan capitalizar los liderazgos carismáticos (Pozas). Hay que trabajar simultáneamente en la des-ideologización y superación del discurso de enemistad polarizante, mediante la exposición de experiencias de conciliación y reencuentro. En este punto, habría que señalar la responsabilidad de los medios de comunicación frente a mensajes descalificadores, portadores de odio, miedo y violencia (Campos Herrera). En relación a la protección de los derechos de las audiencias, se han impulsado iniciativas que apelan a una distinción explícita entre hechos y opiniones, con la finalidad de mantener la racionalidad del discurso político y disminuir la lógica populista (Ginebra).

El perdón, práctica abandonada casi por completo en la cultura política contemporánea, constituye un auténtico contraveneno ante la tentación totalitaria y cualquier otra forma de mitificación del poder. Lo que la política necesita para recuperar el sentido del bien común y de la felicidad es recuperar el perdón, el cual nos recuerda que necesitamos de la misericordia para que la justicia no sea un mito. América Latina no podrá avanzar hasta que no sea capaz de unir en el perdón, como dos caras de la misma moneda, a los enemigos históricos dentro y fuera de los Estados (Podetti). La Iglesia Católica, que ha estado siempre en medio de graves conflictos políticos con implicaciones morales, está llamada a seguir aportando en estos escenarios esa sabiduría que le ha permitido buscar la unidad en medio de las diferencias (Pozas).

Estos indicios: des-institucionalización, crisis de los partidos, demandas sin representación, emergencia de movimientos, etc., apuntan hacia la necesidad de atender a la “cuestión social” como alternativa frente al populismo y la polarización. La gravedad de la cuestión social en América Latina reclama la necesidad de un pacto social y político, porque alrededor de la desigualdad se articulan una serie de violencias y de conflictos que es indispensable atender (Paoli). Hay que avanzar en la comprensión de que los populismos no siempre inventan los problemas, sino que “politizan” problemas preexistentes, y que un simple cambio de discurso no puede resolverlos sin considerar sus causas fundamentales (Illades). El marco institucional de

este pacto regional pudiera ser la Declaración Universal de los Derechos Humanos de la ONU, con un énfasis en el trabajo común para hacer efectivos estos derechos a través de una mesa de diálogo permanente entre las diferentes fuerzas políticas con apego a las libertades civiles y políticas (Paoli; Illades; Figueroa). Entre los invitados debieran estar representantes de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos y la Corte Internacional de los Derechos Humanos, así como una representación del CELAM en calidad de observador o participante pleno en este diálogo multilateral (Paoli).

La cuestión social, entendida como atención a los problemas de la desigualdad y la participación, no puede limitarse a establecer políticas redistributivas (Buttiglione; Illades; Ginebra) sino que, en el caso latinoamericano, debe también implicarse en acuerdos básicos para impulsar la producción con criterios globalmente competitivos (economía del conocimiento y nuevas tecnologías) y socialmente inclusivos. Habría, desde luego, otros problemas que deberían ser atendidos en un agenda de discusión a nivel nacional: la reforma del Estado, las distintas violencias, las variadas formas de democracia y su relación con la ciudadanía, la reforma fiscal, que es fundamental para poder financiar un proyecto estatal de gran calado (especialmente en los países caracterizados por la desigualdad) (Illades; Ginebra) y atender las demandas de los nuevos movimientos sociales como las reivindicaciones femeninas y las de carácter ecológico (Illades).

Tanto la tradición liberal como en algunas socialistas hay acuerdo de manera esencial en que una parte del poder del Estado debe pasar a la sociedad (en el caso de los socialistas es a la sociedad; en el caso de los liberales es al individuo). En cualquier caso, un elemento importante de un diálogo posible es cómo descentralizar el poder y distribuirlo o en los individuos o en la sociedad (Illades). La promoción de organización populares y ciudadanas autónomas (que no sean correa de transmisión de partidos, ideologías ni, principalmente, de gobiernos) tendría que estar en el centro de los esfuerzos ciudadanos debido a que en América Latina hay una tendencia a cooptar partidariamente las organizaciones populares, a través de los parlamentarios y el intercambio de privilegios (Ricci).

Al mismo tiempo deben verse a las clases populares como sujetos de cambio no tutelados por el Estado (Illades, Ricci), sino guiados por sí mismos y desde sus propias reivindicaciones; un desafío fundamental para nuestras democracias es la formación de una clase dirigente con posibilidades de establecer un diálogo en torno al proyecto de Estado (Buttiglione; Illades). En Latinoamérica hay un pueblo que sufre y

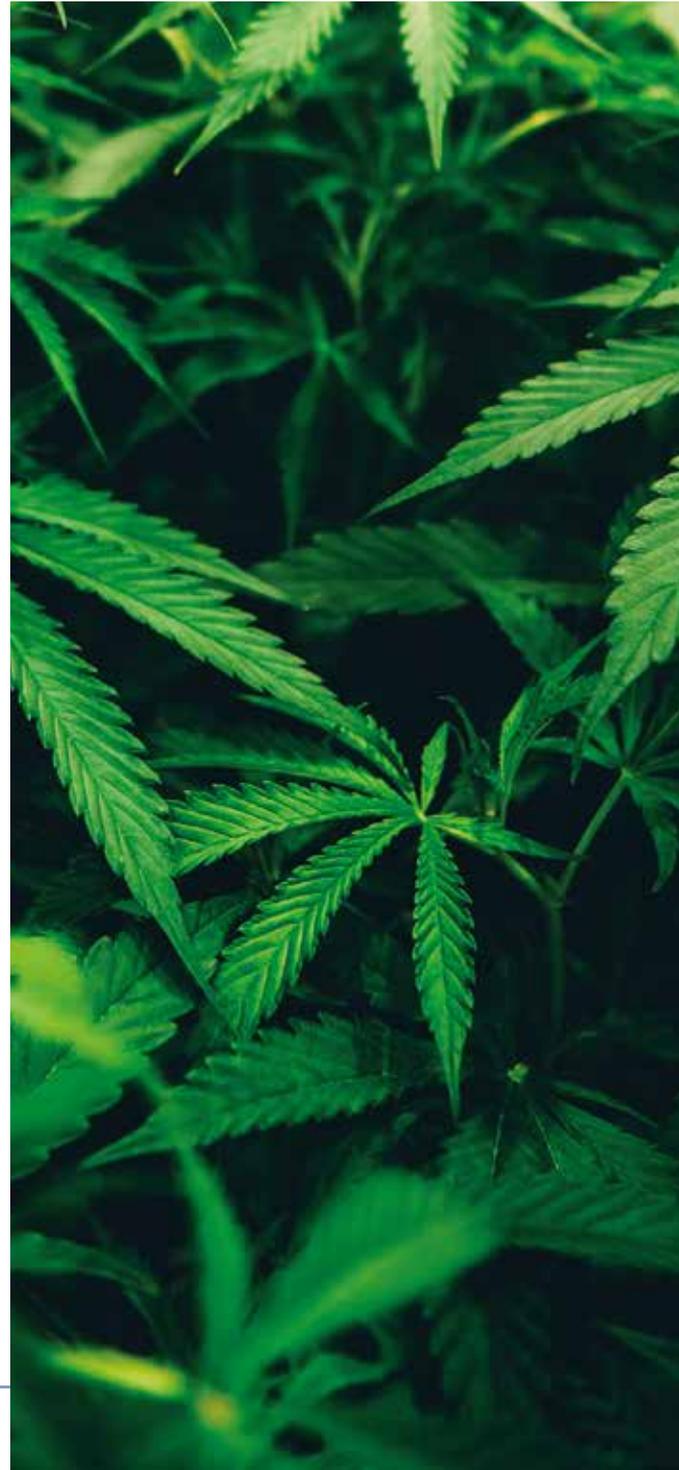
que busca caminos nuevos; hay también una expresión política que repite y “politiza” este sufrimiento del pueblo para hacerse con el poder; pero la política es sobre todo capacidad de dar respuestas y ha faltado esta dimensión propositiva (Buttiglione). La clase política ha descuidado la estrategia de “incorporación” de líderes sensibilizados con la gran deuda social latinoamericana (Campos- Herrera). Los partidos políticos son los principales responsables de la demofobia en Latinoamérica (Ginebra).

La única manera efectiva de interpretar el sufrimiento del pueblo y entregarle poder al pueblo es la construcción de una clase dirigente que tenga corazón de pueblo, que viva y exprese el sufrimiento del pueblo, pero que tenga también una inteligencia capaz de ver la totalidad social. Estamos en un sistema interconectado que produce y vivimos de los productos de ese sistema, y si no existe una clase dirigente popular que piense cómo cambiar el sistema en la perspectiva de dar una respuesta a las necesidades del pueblo tendrá que seguir dependiendo de los oligarcas, que son los únicos que saben cómo funciona el sistema (y por eso, aún en gobiernos populistas siguen manejando el sistema) (Buttiglione).

En lo que se refiere a la alternativa económica en América Latina, un sujeto fundamental es el empresariado, pero un empresariado que actúe no solo en la lógica económica corporativa, sino también con espíritu social, buscando interpretar los problemas de la sociedad no solamente desde el estrecho horizonte de la propia empresa, sino contribuyendo al proyecto social en su conjunto. De consuno, hay que abandonar la lógica de la destrucción de los sindicatos y retomar la idea de estos como agentes negociadores del proyecto político y económico de la nueva sociedad, ya que son múltiples los actores que a través de un pacto pueden y deben llegar a la convergencia de intereses (Figueroa).

En Latinoamérica habría que alentar la creación de una clase intelectual y dirigente que promueva el bien común con sensibilidad popular y que tenga la capacidad de entender el funcionamiento de la economía local y también de la economía global. Es verdad que la propuesta de economía socialista ha fracasado, pero también es verdad que la economía de mercado está falseada en favor de los ricos. Pensar una economía de mercado “falseada” a favor de los pobres es el gran asunto teórico, y el práctico es la educación de líderes y la promoción de la “subjetividad” del pueblo, protagonista de su propia historia. Si no se constituye una subjetividad así, es muy difícil que advenga el cambio radical que la gente espera, y eso no lo puede hacer la política, sino una cultura que prepare una nueva clase dirigente (de derecha o de izquierda, o de partidos diferentes) con capacidad de diálogo para lograr consensos y construir unidad en la pluralidad (Buttiglione).

Dos de los mayores enemigos de la política latinoamericana en el actual escenario son la economía de las drogas, que excede en infraestructura al narcotráfico, y el soborno o corrupción de la clase política (Podetti; Ginebra). La economía de las drogas es la contraparte a la inexistencia de una economía de base tecnológica, porque no es posible erradicar sus cultivos ilegales de manera realista en regiones donde sus rendimientos superan a los de la agricultura existente (Podetti). Por otra parte, pretender cualquier esquema de desarrollo económico sin haber logrado la pacificación interna de los Estados es una utopía (Ginebra). La práctica institucionalizada del soborno, uno de los males que corroe a la república democrática, requiere consensos inter-partidarios en la aplicación de políticas para combatirlo, como, por ejemplo, prohibir el financiamiento privado de los partidos políticos y sancionar por igual al sobornado y al sobornador (Podetti). En América Latina la corrupción es también una oportunidad política para los populismos en tanto motivo fundamental de su discurso antagonista (Ricci).



Superación de resentimientos y conciencia de la Patria Grande

A estas exigencias corresponde igualmente la recuperación de la propia historia republicano-democrática, puesto que ningún camino democrático es posible sino a partir de las propias huellas. Ningún sistema político puede basarse realmente en otra cosa que no sea en la responsabilidad de las personas que lo constituyen, y esto no es posible si las personas y los grupos no son, o no se sienten, los creadores del sistema. En las partes del mundo en donde existe, la república democrática ha sido el resultado de muchas y continuas reformas, la mayoría de las cuales fueron impulsadas desde los socialismos o desde expresiones marginales del liberalismo. Es necesario, por ello, recuperar el camino hispanoamericano, brasileño y del Caribe anglófono y francófono, de construcción de la república democrática. El desafío es superar el victimismo transmutado en desvalorización (una suerte de vergüenza de la propia realidad) y redescubrir que ese camino tiene sentido. La república democrática es un camino adecuado a las circunstancias espacio-temporales y no un modelo externo que los países deben adoptar (Podetti).

Además de afrontar la recuperación del camino propio, América Latina debería asumir y corregir su gran debilidad en materia de Economía Política. La política, en el ciclo de los últimos dos siglos, se hizo cada vez más dependiente de la Economía Política, porque la revolución científico-técnica cambió por completo las condiciones de subsistencia y creación de riqueza de las sociedades. En este orden muy poco podrá hacerse sin empresarios latinoamericanos globales. Los países hispanoamericanos (no así Brasil), al mismo tiempo que construían la nueva legitimidad republicano-democrática, aceptaron sin demasiada resistencia interna el rol de proveedores de materias primas y consumidores de productos industriales que los condenó a una pobreza relativa creciente (Podetti, Ginebra) y a la formación de un empresariado con bajo nivel de adaptación e innovación. La buena noticia en este campo es la emergencia de una nueva generación de empresarios latinoamericanos de la economía digital, que no proviene por lo tanto del sector de las *commodities*, y que desde su origen conciben su negocio internacionalmente (Podetti).

Habría que procurar una tercera vía que neutralice a una izquierda populista que, en ámbito económico, o no tiene

propuestas o no es de izquierda, sino que sigue el modelo neoliberal (con recortes a la educación, al campo, a la salud). Entre los movimientos económicos que habría que proponer nuevamente está el distributismo de Chesterton⁵ y Belloc⁶, que busca mediante la distribución de la propiedad un lugar intermedio entre el capitalismo y el socialismo (ambos concentradores de la riqueza) a través de un movimiento de pequeños propietarios. Otra es la Economía Social de Mercado, que suele confundirse con el neoliberalismo y que, si bien busca el apoyo del mercado, lo conjuga con la justicia social y la protección de los derechos humanos, especialmente los derechos sociales (Ginebra).

No hay que estar en contra del mercado, sino de la perspectiva neoliberal del mercado, que lo entiende como exclusiva oferta y demanda. Otra alternativa muy interesante es la Economía Civil⁷ o de Comunión de Stefano Zamagni y Luigino Bruni, que entienden al mercado como encuentro entre personas a los que habría que dotar de figuras que trasciendan el mero intercambio de mercancías, lo que conduciría a la reactivación de las cooperativas y, en general, del sector no lucrativo del mercado. Puesto que efectivamente hay un fracaso del neoliberalismo, que ha generado las condiciones para el surgimiento de los populismos de izquierda o de derecha,

el combate por vías democráticas a los populismos no debiera derivar en las condiciones económico-sociales que hicieron posible el ascenso de los populismos al poder. América Latina tendría que desarrollar su propia economía de mercado, basada en la cultura latinoamericana. El capitalismo de Estado iría en contra de las propuestas derivadas de la Doctrina Social de la Iglesia, que afirma: "Tanta sociedad como sea posible, y tanto Estado como sea necesario". El remedio de "más sociedad" no significa ausencia de Estado, ya que el mismo principio de subsidiariedad lo requiere (Ginebra).

La debilidad que muestran los Estados-nación que se formaron en el siglo XIX y primera mitad del XX en la política internacional contemporánea, salvo algunos casos aislados (EE.UU es un caso singular, lo mismo que China), influye en una fuerte tendencia a recuperar las identidades pequeñas. Aquí el problema surge cuando se hace demagogía con esta reivindicación local instalada en la sensibilidad contemporánea. En principio, no habría que oponerse a la reivindicación de las identidades locales, sino más bien habría que contenerlas y aceptarlas porque son legítimas a un cierto nivel. Lo mismo sucede con las identidades nacionales latinoamericanas, cuyas reivindicaciones pueden obedecer a sentimientos legítimos e importantes, pero habría que canalizarlos hacia una unidad que

⁵ G. K. Chesterton, *Los límites de la cordura: el distributismo y la cuestión social*, El buey mudo, Madrid, 2010.

⁶ H. Belloc, *El Estado servil*, El buey mudo, Madrid, 2010.

⁷ S. Zamagni, L. Bruni, *Economía civil. Eficiencia, equidad, felicidad pública*, Prometeo libros, Buenos Aires, 2007.

ponga a América Latina a la altura de los desafíos del siglo XXI (Podetti).

La actualidad histórica nos obliga a ir mucho más allá del sentimiento localista, sin censurarlo o negarlo. Es necesario avanzar hacia una ciudadanía latinoamericana que nos ponga en situación de asumir los procesos globales como una región integrada. América Latina tiene intereses globales y tiene necesidades globales, pero carece de un plan estratégico de ambiciones globales, porque éstas siguen encerradas en los límites de cada país. Los populismos, en tanto afirman formas caducas de identidad nacional, atentan contra una integración efectiva (no obstante su discurso integracionista) que potencie con realismo los retos regionales comunes. La actual situación global representa un estímulo especial, puesto que numerosos indicios sugieren que estamos en un cambio de época, cuyo signo geopolítico más notorio es la crisis de la hegemonía de Occidente, del cual América Latina sigue siendo periferia (Podetti).

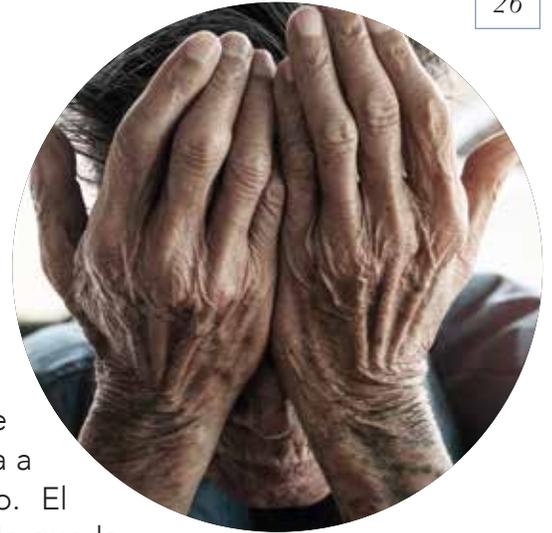
El hecho de que una zona de Latinoamérica, especialmente México, Centroamérica y los países de la cuenca del Caribe sea frontera sur de EE.UU, mueve a intentar una reformulación de las relaciones con EE.UU sobre la base del respeto mutuo. El reto político y diplomático sería disuadir a EE.UU sobre su actitud injerencista; mientras esto sucede, es necesario avanzar en objetivos económicos y políticos comunes, como la alianza para una gran región económica norteamericana, incluido

México, que pueda apuntalar a EE.UU en el equilibrio de fuerzas con los distintos bloques en el mundo. Un desequilibrio mayor entre EEUU, Rusia y China puede conducir a una indeseable polarización global, de modo que es conveniente apostar por una relación de sinergia y no de confrontación con EE.UU (Figueroa) sin esperar que esta relación, por sí misma, pueda resolver la crisis de los Estados latinoamericanos (Ginebra).

En el polo sudamericano habría que potenciar al Mercosur como alternativa regional que dinamice los mecanismos de colaboración y también de libre comercio al interior de América Latina (Ginebra) y con capacidad de influencia en el mercado global (Podetti). Respecto al Banco Mundial y al Fondo Monetario Internacional, sería deseable que las ayudas no estén condicionadas por la aplicación de un determinado modelo económico (Figueroa) puesto que los agresivos planes de ajuste de estos organismos a los países deudores se revirtieron en contra de estas economías. No obstante, también sería un error despreciar unilateralmente los mecanismos multilaterales; más bien, habría que analizar la realidad de cada país (Ginebra). Otros puntos de una agenda común con EEUU que puede conducir a un entendimiento mutuo serían la lucha contra la corrupción y contra la penetración del crimen organizado en el Estado, particularmente en Centroamérica (Figueroa), sin despreciar la importante ayuda logística de EE.UU en lo que se refiere al combate al narcotráfico (Ginebra).

Crisis de sentido y sustrato religioso-cultural latinoamericano

La república democrática a nivel global experimenta una crisis de sentido que trasciende la crisis de representación y alcanza a los valores de la sociedad en su conjunto. El consumismo es un peligro tanto o más grande que la polarización o los populismos, porque es una máquina de sustracción de sentido que trastoca la razón de ser ciudadano en la de ser consumidor. En este punto, es necesario destacar que las religiones pueden y deben jugar un rol sustancial en la recuperación del sentido, ya que, frente al consumismo que devora la dimensión espiritual, las reservas reales están en las personas que mantienen su vínculo con la trascendencia y no se consideran un “animal de consumo”. No es posible una república democrática con ciudadanos convertidos al consumismo, y como no es posible una república democrática sin ciudadanos, la república democrática está en contradicción directa con la persona convertida al consumismo. La dimensión religiosa puede brindar un aporte valioso para recuperar también el sentido de la República democrática. En estos caminos, exorcizar el mito de la Revolución y recuperar el valor de la política frente al absolutismo del mercado son en realidad dos caras de la misma moneda (Podetti).



América Latina, desde México hasta el Río de la Plata, tiene una base popular cristiano- católica. Se trata de un sustrato cultural que no siempre coincide con la estadística, ya que desde 1970 al 2014 los católicos en América Latina pasaron del 92% al 69%, (en cambio, en ese mismo período, el porcentaje de protestantes se incrementó del 4% al 19%, debido al “boom” de la Iglesias evangélicas⁸), pero sí constituye un aspecto favorable para la recuperación del sentido religioso y la orientación a la trascendencia del hombre y la mujer latinoamericanos (Podetti). Hay en la Iglesia católica, como en ninguna otra institución en el escenario regional y global, un potencial para pensar lo incierto y abrir futuro (Pozas). No existe ni existirá un sistema político que pueda eximir a los agentes pastorales de la misión profética que estos tienen como defensores de los débiles. Los católicos hoy están llamados a ser los críticos del poder (Eickhoff) desde el reto que constituye superar eclesialmente la polarización entre fundamentalismo y progresismo (Castellanos).

⁸ Estos datos provienen del informe de 2014 realizado por el Pew Research Center sobre cambios generalizados en la identidad religiosa en América Latina. Para su consulta: <https://www.pewforum.org/2014/11/13/religion-in-latin-america>.

Segunda parte. Lectura teológica

Presupuestos

Denominamos “lectura teológica” a la mirada que nos permite la fe sobre las realidades estudiadas, en este caso, la polarización en las sociedades de América Latina. Tal fenómeno, como se ha visto, se da en el contexto, por un lado, del desencanto por la democracia y el sistema político y económico que la sostiene, y, por el otro lado, del surgimiento de los populismos. Estas circunstancias pueden analizarse en perspectivas socio-antropológicas o filosófico-políticas, como lo han hecho los expertos convocados. Pero es preciso ir más allá de los saberes de las ciencias sociales y mirar ahora con los ojos de la fe cristiana y de los datos de la revelación. Lo anterior supone acudir a la Doctrina Social de la Iglesia y al magisterio del Papa Francisco, quien ha insistido en recordarnos la *dimensión social* de la evangelización.⁹ La fe también nos urge a comprender las circunstancias y al compromiso activo, ya que “una auténtica fe —que nunca es cómoda e individualista—



siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra. Amamos este magnífico planeta donde Dios nos ha puesto, y amamos a la humanidad que lo habita, con todos sus dramas y cansancios, con sus anhelos y esperanzas, con sus valores y fragilidades”.¹⁰

⁹ Francisco. *Evangelii gaudium*, n. 176.

¹⁰ *Ibidem*, 183.

Pobreza, inequidad y cansancio

En América Latina existe pobreza generalizada. Además, en varios aspectos, es la zona más desigual del mundo. Desde hace varios años el sistema neoliberal, que en los años noventa parecía alzarse triunfalmente sobre el socialismo real, hoy ya no responde ni ofrece respuestas a los problemas básicos de la igualdad. Aunado a ello existen también otros problemas como la conflictividad social, la inestabilidad política, el debilitamiento institucional, la corrupción y la inseguridad. Si le añadimos además los bajos niveles de confianza en las instituciones y en las autoridades establecidas, la situación se nos presenta aun más complicada.

Tales circunstancias afectan la credibilidad y la dinámica de las instituciones, especialmente del régimen democrático. La todavía vigente pandemia del COVID-19 potenció la inestabilidad y el desplome de dicha legitimidad. Los conflictos se multiplicaron y la paz social no ha podido lograrse ni fortalecerse.

Otros aspectos relacionados con el desarrollo social, como el acceso a la salud, a la educación y al trabajo, entre otros, se han complicado paulatinamente y puede hablarse de nuevos problemas que es necesario considerar, atender y resolver. Desde luego, esto no es fácil y, dada su complejidad, advertimos que serán necesarios diagnósticos más exactos y propuestas de solución de corto, mediano y largo plazos.

Decepción y desencanto por la democracia y la política

En los últimos años, de acuerdo con algunos Observatorios, la confianza en la democracia ha disminuido.¹¹ De 2010 a 2020 su descrédito pasó del 44% al 25%. En la región, sólo un país (Uruguay) mantiene más de dos tercios de su población con adhesión y confianza en el régimen democrático; en los demás se tiene una confianza en la democracia menor al 50%. Hay algunos en donde sólo una décima parte de su población está de acuerdo en que en su país la democracia funciona.¹²

Esto significa que en los últimos treinta años hemos pasado de las fuertes esperanzas en la democracia a la decepción. Con la caída de las dictaduras militares en los ochenta y del comunismo soviético a nivel mundial, las transiciones democráticas despertaron tal esperanza que se llegó a la convicción de que, a partir de entonces, era posible lograr el desarrollo sostenible y la igualdad. Las democracias se desarrollaron e iniciaron su fortalecimiento, pero ignoraron o desatendieron los

¹¹ Corporación Latinobarómetro, *Informe 2021. Adiós a Macondo*, Santiago 2021, p. 39. Ver en: <https://cutt.ly/jE6eJNj>.

¹² *Idem*.

problemas de la desigualdad, la corrupción o la violencia. La desconfianza en las reglas del juego democrático ha crecido tanto que se mira a la democracia como una máscara que pretende esconder “sociedades injustas, autoritarias y gobiernos autocráticos”.¹³

El sistema democrático se basaba en la confianza en las instituciones y en el pluralismo, pero los gobiernos deshonestos e ineficientes terminaron carcomiendo esa confianza.¹⁴ A final de cuentas, la democracia se mostró incapaz de atender los fuertes rezagos sociales, las inequidades, la pobreza y la violencia. Los países que lideraron la globalización, promotores también de la democracia, lo hicieron sosteniendo una contradicción permanente: por un lado, promovieron la democracia liberal, el pluralismo y el estado de derecho; pero, por el otro lado, legitimaron la subordinación de la política al mercado y la invasión de una cultura consumista (lo que se llamaba modernización), lo cual no solo generó y propició la desigualdad sino el olvido de los pobres y el aprovechamiento de las oligarquías para beneficiarse de esa “modernización”.

Bajo una distribución inequitativa de la riqueza aparecieron la desigualdad social y la sensación de que los gobiernos suscitaron la generación de ciudadanos de segunda.¹⁵ Eso significó una “partición”, un desgarramiento en el cuerpo social que, con el tiempo, alentó la desconfianza en las instituciones democráticas. Éstas parecían favorecer sólo a las oligarquías, a las clases dirigentes y a los gobiernos, a “los ricos”. Grandes sectores emergentes de la sociedad como los trabajadores, los jóvenes y las mujeres no se identificaban con las luchas por la democratización de los 90’s y de la primera década del siglo XXI; rechazaban también la política en general, a los políticos y todo aquello que tuviera que ver con los asuntos públicos, a quienes veían como causantes de la pobreza, la corrupción y la inequidad. Estos problemas para las clases dirigentes no eran relevantes. “La misma clase política que propugna las reformas institucionales ha desplegado una envidiable destreza para que estas últimas no modifiquen esencialmente el marco de viejos privilegios y prácticas consuetudinarias donde esa clase ha actuado habitualmente”.¹⁶ Esto ha sido parte del discurso de las izquierdas en América Latina.

¹³ J. Woldenberg, “Razones y sinrazones del desencanto democrático”, *Andamios*, vol. 14, n. 35, 2017, pp. 405-415. Ver en: <https://cutt.ly/SRqFlxm>.

¹⁴ Ídem.

¹⁵ E. Torres-Rivas, “Las crisis de las democracias en América Latina”, *Revista IIDH*, vol. 42, 2005, p. 148. Ver en: <https://cutt.ly/cRqJtpl>.

¹⁶ H. C. F. Mansilla, “La creciente desilusión con la democracia moderna”, *Res Publica*, 20, 2008, p. 125.

Ver en: <https://cutt.ly/BRe0GB2>.

Resurgimiento de los populismos

Frente a las grandes desigualdades sociales y económicas, y con la convicción de que la democracia no sólo no resolvía el desarrollo social y el bienestar, sino que encubría la actuación deshonesto de los gobernantes y dirigentes sociales, el populismo y el indigenismo se mostraron como alternativas viables.¹⁷ El discurso contra el neoliberalismo, las denuncias sobre el saqueo de las arcas públicas, la enorme corrupción e impunidad de las clases dirigentes y el empobrecimiento creciente del pueblo ofreció la narrativa que la izquierda requería: en su larga evolución, esas izquierdas durante la Guerra fría apostaban por la revolución, la violencia y la vía de las armas; luego entraron a la lucha electoral, hasta, finalmente, asumir la denuncia del neoliberalismo, la desigualdad, la pobreza y la inequidad de los sectores más vulnerables de la sociedad.

Ahora bien, las ideologías tradicionales de la izquierda dejaron de tener su vigencia desde los años noventa del siglo pasado. Sin embargo, la creciente desigualdad social y la generación de pobreza, le dieron —como ya se ha dicho— discurso y motivaciones, al grado que, en la primera década del

siglo, dieciocho países de la región eran de izquierda o de centro izquierda.¹⁸ El populismo de derecha no es tan distinto en su discurso: golpe a las instituciones, desacreditación de la prensa y los medios, destrucción de la credibilidad de los procesos electorales, entre otras cosas.¹⁹

Sean de izquierda o de derecha, los populismos no han dado resultados, ni tienen capacidad de elaborar propuestas ante los complejos problemas de la sociedad. Pese a su pretendida defensa del “pueblo” —a quien dicen obedecer y servir—, los populistas no lo conciben como sujeto, es decir, como unidad de la sociedad a través de proyectos comunes y sueños colectivos. El adjetivo “popular” también es relevante, porque manifiesta las legítimas aspiraciones del “pueblo”. El populismo tiende a manipular al “pueblo” y a sus expresiones populares. De hecho, en el ambiente generado por los populismos, las tensiones y los radicalismos crecen al extremo. El pueblo, bajo los gobiernos populistas, sigue sufriendo y va acumulando la decepción por la falta de soluciones, mientras, por otro lado, sigue aspirando a algo nuevo.



¹⁷ *Ib.*, p. 121.

¹⁸ S. Stoessel, “Giro a la izquierda en América Latina del siglo XXI”, *Polis*, 39, 2014, p. 1. Ver en: <https://cutt.ly/CRruuOB>.

¹⁹ E. Brum, “Cómo funciona el golpe Bolsonaro”, *El País*, 14/sep/2021: Ver en: <https://cutt.ly/IRrdIXs>.

Fratelli tutti y populismos. Visión sobre el pueblo

El “pueblo” y lo “popular” son dos nociones fácilmente desfiguradas en el discurso populista. En *Fratelli tutti*, el Papa Francisco ofrece algunas pautas para reconocer las diferencias entre dos formas de entenderlos y, sobre todo, la relevancia histórica que se encierra en tales categorías.

1) Mientras el Papa señala que el pueblo parte de la unidad y la pertenencia, los populismos parten de la división del pueblo. El principio de pertenencia en el primero es la unidad, mientras que en los segundos es la división.²⁰

2) El Santo Padre señala que, sin anular las diferencias, en el pueblo puede y debe prevalecer la unidad de la búsqueda del bien común; en cambio, los populismos marcadamente buscan imponer un proyecto con visión binaria (buenos y malos) a través de la movilización social de sus clientelas políticas.²¹

3) El Pontífice reconoce que ser parte de un pueblo es adherirse a una identidad común, hecha de lazos sociales y culturales, en tensión temporal y en búsqueda de un proyecto común. Los populismos, por el contrario, utilizan la palabra “pueblo” como categoría abstracta, bajo la cual dividen a la sociedad en “buenos” y “malos”, justificando sus acciones como originariamente “buenas”, ya que provienen del “pueblo”, y señalando a sus adversarios como los “malos”, que son todos aquellos que critican a los populistas. También elevan “místicamente” al “pueblo” a fin de justificar que todo lo que hace o siente es bueno porque lo hace el “pueblo”, pues éste es por naturaleza bueno, incluso angelical.²²

4) En *Fratelli tutti*, el liderazgo popular asume e interpreta el sentir de un pueblo, su dinámica cultural y las grandes tendencias de una sociedad; presta, además, un servicio a un proyecto duradero de transformación y crecimiento, que implica también la capacidad de ceder lugar a otros en pos del bien común. Los populismos, en cambio, entienden el liderazgo popular como la habilidad de alguien para cautivar e instrumentalizar políticamente la cultura del pueblo, con cualquier signo ideológico, al servicio de un proyecto personal y de su perpetuación en el poder. En ocasiones busca sumar popularidad exacerbando las inclinaciones más bajas y egoístas de algunos sectores de la población.²³

5) Para Francisco, el liderazgo popular busca generar recursos en las personas y las mismas comunidades para que se conviertan en sujetos de su propio desarrollo, a fin de que puedan sostener su vida con su esfuerzo y su creatividad. Se propone superar las inequidades derivadas del proyecto de desarrollo económico y pone al trabajo en el centro. En cambio, para el populismo el liderazgo popular es inmediateista y electorero, abusa del asistencialismo como política económica.²⁴

²⁰ Cf. Francisco, *Fratelli tutti*, n. 156.

²¹ Cf. *ib.*, n. 157.

²² Cf. *ib.*, n. 158.

²³ Cf. *ib.*, n. 159.

²⁴ Cf. *ib.*, n. 161.

Atender al pueblo que sufre



Las visiones liberales también suelen confundir y rechazar la noción de pueblo. El individualismo exacerbado igualmente hace que se rechace la noción de prójimo. Cuando alguien defiende las iniciativas populares, los liberales (o neoliberales, como hoy son etiquetados) inmediatamente los tachan de populistas, con lo cual desacreditan los legítimos reclamos y aspiraciones de los miembros del pueblo. Estas visiones ignoran los lazos comunitarios y culturales que unen a los humanos. De ahí la relevancia de considerar nociones como “pueblo” y “prójimo” junto a la ciencia, la organización social y las instituciones de la sociedad civil.²⁵

Más que conceptos cerrados, “pueblo” y “prójimo” constituyen dos ámbitos de comprensión. Por un lado, tienen un sentido simbólico y “mítico”; por otro lado, un pueblo se constituye y se expresa en sus instituciones, sujetas al devenir histórico-cultural que estructuran a las sociedades.²⁶ La caridad —que es una noción teológica— contiene también los dos aspectos. “La caridad reúne ambas dimensiones —la mítica y la institucional— puesto que implica una marcha eficaz de transformación de la historia que exige incorporarlo principalmente todo: las instituciones, el derecho, la técnica, la experiencia, los aportes profesionales, el análisis científico, los procedimientos administrativos.”²⁷ Aquí se ve con toda claridad cómo una noción teológica implica una mirada nueva y puede tener un efecto en la realidad histórica concreta de los individuos y de los pueblos.

²⁵ *Ib.*, n. 163.

²⁶ “(...) ni la idea de pueblo ni la de prójimo con categorías puramente míticas o románticas que excluyan o desprecien la organización social, la ciencia y las instituciones de la sociedad civil.” *Idem.*

²⁷ *Ib.*, n. 164.

La fuerza de la caridad

Como don que incide en la realidad, la caridad tiene consecuencias para la existencia concreta de humanos y pueblos. Incluso aprovecha los recursos de las instituciones para beneficios sociales, generales y concretos. Muestra sobre todo el encuentro personal, el rostro de una persona que sostiene y anima a otra que recibe algún beneficio de las instituciones. Esto es gratificante sobre todo cuando se trata de personas vulnerables o excluidas. Las instituciones entonces adquieren un tono especial, como se ha dicho, donde comienza a brotar lo humano. Los recursos de la sociedad organizada pueden volverse efectivos a través de la acción de hombres y mujeres de fe con su acción testimonial, sencilla y cotidiana. “El amor al prójimo es realista y no desperdicia nada que sea necesario para una transformación de la historia que beneficie a los últimos”.²⁸

La fuerza de la caridad es en el fondo la acción misma de Dios en la vida de los hombres y mujeres, mediante el testimonio y el trabajo de los creyentes. La confesión de los cristianos en la Trinidad, en el amor a Ella y al prójimo, es reconocer la incidencia de Dios en el mundo. Confesar a Cristo como salvador del mundo es reconocer también su dimensión social. “Su redención tiene un sentido social porque «Dios, en Cristo, no redime solamente la persona individual, sino también las relaciones sociales entre los hombres»”.²⁹

La fe auténtica siempre anima a las personas a tener un “deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra.”³⁰ Es nuestra casa común. Y aunque el establecimiento de un orden justo en la sociedad y en las instituciones del Estado sea tarea específica de la política, la Iglesia no puede quedar al margen de la construcción de la justicia. “Todos los cristianos, también los pastores, están llamados a preocuparse por la construcción de un mundo mejor.”³¹

Por supuesto, esto supone también un cambio interior, en el corazón. Se trata de la conversión (otra categoría teológica relevante). “De ahí que la conversión cristiana exija revisar «especialmente todo lo que pertenece al orden social y a la obtención del bien común».”³² Para lo anterior se requiere la creatividad que hay en las iniciativas donde los hombres y mujeres de fe llevan a cabo sus actividades cotidianas. Para lo anterior se necesita la apertura y la exploración de nuevos caminos, a fin favorecer a los más necesitados, y la iniciativa e imaginación para hacer posible una mejor vida en beneficio de los demás.

²⁸ *Ib.*, n. 165.

²⁹ Francisco, *Evangelii Gaudium*, n. 178. Cita el Papa al Pontificio Consejo «Justicia y Paz», *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, n. 52.

³⁰ Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 183.

³¹ *Ídem.*

³² *Ib.* n. 182. Cita Francisco a Juan Pablo II: *Ecclesia en America*, n. 27.

Las categorías teológicas enunciadas permiten un mejor juicio sobre la realidad. Así como se puede ver, por ejemplo, cómo los populismos degradan las nociones de “pueblo” y de “popular”, también las visiones neoliberales han abusado de otros términos como “mercado” y “bienestar”. Con la «lectura teológica» se pueden juzgar mejor las realidades. En este caso dicha lectura nos permite mirar con objetividad las funciones y los límites del estado y del mercado y de todas las instituciones humanas (de ahí su relevancia). Volviendo al tema económico del mercado, éste no puede ser fructífero, y tendería, por el contrario, más bien a promover una cultura de consumo que deja, finalmente, a los más necesitados y vulnerables fuera del bienestar y del desarrollo económico. En suma, el mercado no podría cumplir su propia función económica.³³

Qué puede aportar la Iglesia en América

La polarización que viven y sufren los pueblos latinoamericanos puede ser comprendida, iluminada y analizada por la Iglesia. Muchas veces es ella la que conoce las circunstancias más recónditas de los diferentes sectores sociales, incluso de los excluidos y de los que sufren todo tipo de abusos, violencias y discriminación. Sobre los pueblos latinoamericanos, y su dimensión histórica, social y cultural, el anuncio del Evangelio supone “hacer presente en el mundo el Reino de Dios”.³⁴

En medio de las realidades temporales e históricas de los pueblos, la Iglesia anuncia un nuevo pueblo con carácter espiritual. Es la Iglesia cuyo fundamento es Cristo, Dios y hombre verdadero, salvador del mundo. “La Iglesia es enviada por Jesucristo como sacramento de la salvación ofrecida por Dios. Ella, a través de sus acciones evangelizadoras, colabora como instrumento de la gracia divina que actúa incesantemente más allá de toda posible supervisión.”³⁵ Es la Iglesia peregrina en este mundo, que realiza su vocación en las circunstancias históricas presentes.

Este pueblo, al que están llamados a pertenecer todos los demás pueblos, es la esperanza de América Latina. Desde luego, no hay que identificar el pueblo de Dios con los demás pueblos. Sin embargo, tampoco hay oposición. “Este Pueblo de Dios se encarna en los pueblos de la tierra, cada uno de los cuales tiene su cultura propia. La noción de cultura es una valiosa herramienta para entender las diversas expresiones de la vida cristiana que se dan en el Pueblo de Dios. Se trata del estilo de vida que tiene una sociedad determinada, del modo propio que tienen sus miembros a relacionarse entre sí, con las demás criaturas y con Dios.”³⁶

³³ *Fratelli tutti.*, n. 168.

³⁴ Francisco, *Evangelii Gaudium*, n. 176.

³⁵ *Ib.*, n. 112.

³⁶ *Ib.*, n. 115.

Para los pueblos latinoamericanos, y para cualquier pueblo, la Iglesia es motivo de esperanza, encuentro y unidad para la paz.

La Iglesia desde su fundación hasta nuestros días, con la guía del Papa Francisco, promueve el encuentro, los puentes entre las gentes y el diálogo con los pueblos presentes en el tiempo y el espacio. El Santo Padre ha formulado una serie de consideraciones sobre la situación presente de los populismos, la polarización y cómo pueden superarse reconociendo las legítimas aspiraciones del pueblo. La fe auténtica siempre anima a las personas a tener un “deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra”.³⁷ Es nuestra casa común. Y aunque el establecimiento de un orden justo en la sociedad y en las instituciones del Estado sea tarea específica de la política, la Iglesia no puede quedar al margen de la construcción de la justicia. “Todos los cristianos, también los pastores, están llamados a preocuparse por la construcción de un mundo mejor”.³⁸

Una de las raíces de la polarización ha sido la dictadura del relativismo moral, en la cual se pierde la idea de verdad y cualquier opinión vale lo mismo. Con ello, en un largo proceso, han perdido autoridad la religión, después la ciencia y ahora la política. La ausencia de una visión científica del mundo repercute en la falta de un cuidado efectivo del planeta y de la vida digna. Con ello, termina imponiéndose el que da más manotazos o el que grita con más fuerza. Frente a tal situación, la Iglesia y el Papa han promovido el diálogo con una actitud abierta: en efecto, nadie tiene la verdad absoluta y la realidad no tiene una sola forma ni un solo rostro; la imagen sugerida por el Papa es enriquecedora: un poliedro, la realidad es poliédrica.³⁹

De esta manera, promoviendo el diálogo constructivo, se puede evitar que el conflicto sobre la verdad y la realidad llegue a mayores. Pero tal diálogo es posible en la medida en que el otro sea reconocido y tomado en cuenta con hondura y profundidad: su punto de vista es valioso y sirve a una mejor comprensión de las cosas. Si estos diálogos son para participar en los asuntos públicos, en los asuntos temporales —pero no por ello menos importantes, como se ha señalado con insistencia— es relevante buscar el bien de los más necesitados. Con ello, la Iglesia estará acompañando e iluminando de mejor manera la realidad y anunciando siempre el motivo de nuestra esperanza: Jesucristo, tal como se expresa en sus gestos, sus palabras y sus acciones.

³⁷ *Ib.*, n. 183.

³⁸ *Ídem.*

³⁹ *Íd.*, n. 236.

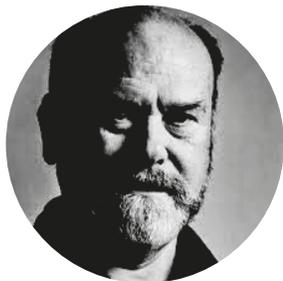
Anexo único.

Perfil de los expertos



Carlos Illades Aguilar

Profesor titular en el Departamento de Humanidades de la UAM-Cuajimalpa. Licenciado y maestro en Historia por la UNAM, doctor por El Colegio de México, investigador nacional nivel 3 del SNI, miembro de la Academia Mexicana de Ciencias, miembro de número de la Academia Mexicana de la Historia y profesor distinguido de la UAM. Ha sido investigador visitante en las universidades de Harvard, Jaume I, Potsdam, Leiden, Columbia y el CIDE. Impartió cursos de posgrado en la UAM, Instituto Mora, BUAP, UNAM, El Colegio de México y la Universidad Jaume I. Premio de investigación de la Academia Mexicana de Ciencias (1999), ha participado como ponente en ochenta congresos en México y el extranjero, además de publicar artículos científicos en México, España, Alemania, Holanda, Francia, Inglaterra, Australia, Rusia, Estados Unidos, Brasil, Argentina y Chile. Entre otras publicaciones periódicas, ha colaborado en *Nexos*, *El Financiero* y *Revista Común*.



Francisco José Paoli Bolio

Investigador titular "C" de tiempo completo, Nivel PRIDE: B, Sistema Nacional de Investigadores: Nivel II. Licenciado en Derecho por la UIA, Maestro en Sociología por la Universidad de Nueva York, Doctor en Ciencias Sociales por la UIA, Director del Departamento Sociología y Política UIA (1973-1978), Director División Ciencias Sociales y Humanidades UAM-A (1978-1982). Rector UAM-X (1982-1986). 1988 a 1990, Abogado General UAM. Presidente de la Cámara de diputados en la LVII legislatura.



Carlos Figueroa Ibarra

Investigador del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vález Pliego" (ICSyH) y profesor e investigador en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla desde 1980. Maestría y Doctorado en Sociología en la UNAM, 1986 y 2000, respectivamente. Miembro a título Individual del Consejo Superior de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-Guatemala) durante el período 2010-2014. Es Investigador Nacional del Nivel II dentro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) de México desde 2001. Secretario de Derechos Humanos del Comité Ejecutivo Nacional del partido Morena.



Xavier Ginebra Serrabou

Socio del área de competencia y consumidores del despacho Jalife, Caballero & Asociados. Cuenta con un Máster en Derecho de la Empresa por la Universidad de Navarra (España), especialidad en Derecho Bancario por la UP, diplomado en Derecho de las Telecomunicaciones por la UNAM, Doctor en Derecho de la Competencia por la Universidad Panamericana. Profesor de licenciatura y posgrado en Escuela Libre de Derecho, la Universidad Panamericana, la Universidad Anáhuac, el EPED, el ITESM, la UVM Campus Santa Fe, la Universidad del Pedregal, el IPIDEC, el posgrado de la UVM Santa Fe en derecho económico, comercio exterior y filosofía del Derecho. Miembro Nivel I del Sistema Nacional de Investigadores y miembro de la Asociación Nacional de Abogados de Empresa. Es profesor investigador de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos en derecho económico y filosofía del Derecho. Profesor investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana campus Cuajimalpa.



Georg Eickhoff

Consultor político y trabaja actualmente como analista político para la misión de paz de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) en Luhansk, Ucrania. Doctor en Historia Moderna por la Universidad Técnica de Berlín. Alcalde de Aulendorf en Alemania. De 2008 a 2015 fue representante de la Fundación Konrad Adenauer en Venezuela y Uruguay.



Ricardo Pozas Horcasitas

Investigador de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Doctorado en Estudios Latinoamericanos UNAM, Doctorado en Sociología Política en la Escuela de Altos Estudios Universidad de París, Maestro en Letras Hispánicas. Secretario ejecutivo del Consejo Mexicano de las Ciencias Sociales de 1985 a 1987. Director del Instituto de Investigaciones Sociales UNAM, de julio 1989 a agosto de 1997. Miembro del Instituto Federal Electoral (1994-1996) y en el Consejo Consultivo de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos México (2000-2009). Representante de América Latina ante el Consejo de Ciencias Sociales de la UNESCO. Asesor de la UNESCO.



Roger Bartra

Investigador emérito del Instituto de Investigaciones Sociales en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) desde 2014. Se formó como etnólogo en la Escuela Nacional de Antropología e Historia del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) de México y se doctoró como sociólogo en la Sorbona (Universidad de París). Miembro del Instituto de Investigaciones Sociales en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) desde 1971 y desde 2004 es investigador emérito. Investigador nivel III del Sistema Nacional de Investigadores.



José Ramiro Podetti

Director del Instituto de Estudios Latinoamericanos Alberto Methol Ferré de la Universidad de Montevideo y profesor de "Comunicación y cultura", "Cultura latinoamericana", "Historia del Pensamiento Latinoamericano" e "Historia de la Ideas Políticas", en la misma universidad. Desde el año 2015, es decano de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Montevideo. Licenciado en Humanidades por la Universidad de Montevideo y doctorando en Historia por la Universidad del Salvador (Argentina). Es miembro fundador de la Sociedad Rodoniana, de la Asociación Alberto Methol Ferré y de la Asociación Uruguaya de Estudios Internacionales (A.U.E.I.). Es miembro de la Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología y del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay.



Rudá Ricci

Miembro de la Junta Directiva del Instituto Cultiva. Ciudadanía y Participación social (Iniciativa de Educación Popular). Máster en Ciencias Políticas y Doctor en Ciencias Sociales, presidente del Instituto Cultiva. Premiado con la Medalla al Gran Mérito Educativo de Minas Gerais, ex consultor de la ONU y evaluador de proyectos de desarrollo territorial financiados por el Banco Mundial. Es el coordinador nacional de la Articulación Brasileña del Pacto Educativo Global (A.B.P.E.G), liderado a nivel mundial por el Papa Francisco.



Germán Campos-Herrera

Investigador asociado del Instituto de Investigación en Ciencias Sociales. Universidad Diego Portales. Candidato a Doctor en Ciencia Política, Universidad Diego Portales. Santiago, Chile. Magíster en Política y Gobierno (2021) Universidad Diego Portales. Santiago, Chile. Licenciatura en Historia 2009 Universidad del Valle. Cali, Colombia.



Rocco Buttiglione

Político y académico italiano, ha sido presidente de la Unión de Centro, ministro para los Asuntos de la Unión Europea (2001-2005) y de Bienes Culturales (2006) así como vicepresidente de la Cámara de Diputados (2008-2013). Enseña ciencia política en la Universidad Libre San Pío V de Roma. Es miembro de la Academia Pontificia de Ciencias Sociales y de la Academia Europea de Ciencias y Artes.



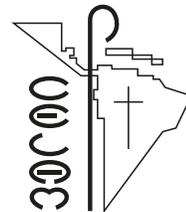
Pablo Castellanos

Presidente del Consejo de Gobierno del CISAV e investigador de la división de Filosofía. Licenciado en Filosofía por la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México, estudió la Maestría en Filosofía Política en la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla. Ha sido fundador y director de la Facultad de Filosofía y Director de la División de Humanidades de la misma universidad, fundador y director de la Revista Vertebración, fundador del Plantel Querétaro de la Universidad del Valle de Atemajac y Jefe Académico de Humanidades de la misma universidad.



Jorge Navarro

Investigador en la división de Estudios de Familia y Género del CISAV. Licenciado en Filosofía por la Universidad Autónoma de Chihuahua. Máster en Filosofía en la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla (U.P.A.E.P) y Doctorando por la Universidad Veracruzana. Dirigió la Escuela de Filosofía y fundó la Escuela de Pedagogía en la U.P.A.E.P.



Legales

